

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2017.

El enigma entre eros y tánatos. Consideraciones freudianas acerca del suicidio.

Trucco, Matias, Cima, Dante, Pettorossi, Natalia y Tagliapietra, Antonella.

Cita:

Trucco, Matias, Cima, Dante, Pettorossi, Natalia y Tagliapietra, Antonella (Noviembre, 2017). *El enigma entre eros y tánatos. Consideraciones freudianas acerca del suicidio. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/matias.trucco/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pfMf/k43>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL ENIGMA ENTRE EROS Y TÁNATOS. CONSIDERACIONES FREUDIANAS ACERCA DEL SUICIDIO

Trucco, Matias; Cima, Dante; Pettorossi, Natalia; Tagliapietra, Antonella
Universidad de Buenos Aires - Hospital Moyano - Hospital Rivadavia. Argentina

RESUMEN

En el presente trabajo nos proponemos abordar los interrogantes a los que nos confronta nuestra práctica en relación a la problemática del suicidio. Para ello realizaremos un rastreo por la obra freudiana, buscando allí las claves que nos permitan entender aquello que él mismo nombró como un enigma. Encontraremos a lo largo de su obra distintas conceptualizaciones que lo definen como: deseos de muerte dirigidos a otras personas, cumplimientos de deseos o consecuencias del sadismo que el superyó puede ejercer con el yo. Sin embargo, ubicamos un punto de inflexión a partir de la incorporación de la pulsión de muerte que, a pesar de esto, dista mucho de dejar la cuestión zanjada. Finalmente nos preguntamos, ¿a qué clínica invitan estas consideraciones freudianas? La mayoría de las veces que el autor aborda la temática, la ubica en relación a otros. Situamos allí una posible vía de abordaje, un aspecto para trabajar su prevención ¿Acaso hay otra forma de tratar al suicidio que no sea previniéndolo?

Palabras clave

Suicidio, Muerte, Pulsión, Lazo Social, Psicoanálisis

ABSTRACT

THE ENIGMA BETWEEN EROS AND TANATOS. FREUDIAN CONSIDERATIONS ABOUT SUICIDE

In this article, we focus on the questions faced by our profession when addressing the issue of suicide. To do so, we delve into the whole Freudian body of work, searching for the keys to understand the issue that was considered to be an enigma by Freud himself. In his works, we identify different conceptualizations that define suicide as a death wish aimed at others, wish fulfillment or the consequence of the sadism that the super-ego can inflict on the ego. We pinpoint a crucial turning point marked by the introduction of the death drive—which, nevertheless, is far from settling the matter. Finally, we ask ourselves what practice do these Freudian considerations call for? Most of the time, Freud addresses the matter in relation to others. This is our basis for a potential approach to work on suicide prevention. Is there any other way to approach suicide other than prevention?

Key words

Suicide, Death, Drive, Social Bond, Psychoanalysis

Introducción

Cuarenta y cuatro años han pasado entre la primera y la última mención freudiana al problema del suicidio. A lo largo de estos años dicha conceptualización sufrió considerables modificaciones. Cuarenta y cuatro años -dos tópicos y una guerra mundial- fueron acompañados por reflexiones ocasionales y hasta a veces margi-

nales, acerca del suicidio en una obra en la que, curiosamente, el asesinato es retomado una y otra vez para ser ubicado como fundamento tanto de la cultura como de la neurosis.

¿Qué constituye al suicidio como un problema freudiano?, ¿de qué formas intentó Freud conceptualizarlo?, ¿por qué se trataría de un problema marginal?, ¿a qué “clínica del suicidio” invitan estas consideraciones freudianas?, ¿el psicoanálisis propone algún modo de tratarlo? son algunos de los interrogantes que guían el presente trabajo.

Referencias al suicidio en la obra freudiana

Es en “La etiología de la histeria” (1896) donde Freud hace mención, por primera vez, al problema que nos atañe. Se refiere a los intentos de suicidio en la histeria y sitúa que en apariencia desprecian el “*principio de proporcionalidad entre el efecto y la causa*” (FREUD 1896, 215). Establece que las situaciones que aparentan provocar dichos intentos despiertan y otorgan vigencia a otras situaciones, más tempranas e intensas, que sí corresponden a mortificaciones graves. En concordancia a cómo piensa la clínica en ese entonces, estos intentos estarían vinculados con reproches que se articulan a vivencias sexuales infantiles. Un año más tarde, en el Manuscrito N (Carta a Fliess del 31/05/1897), articulando el mecanismo de la poesía con el de las fantasías histéricas, Freud sugiere que se puede jugar con el designio de darse muerte. En dicho texto, el éste juego -o la fantasía- de darse muerte también aparece como protección ante un suceso traumático.

En “Psicopatología de la vida cotidiana” (1901) plantea que en casos graves de psiconeurosis nunca puede excluirse que un suicidio sea el desenlace de un conflicto psíquico (FREUD 1901). Incluso agrega que muchas lesiones en apariencia casuales sufridas por estos enfermos, son en verdad producidas por ellos mismos. Una “*tendencia a la autopunición*” o a la “*autoaniquilación*”, afirma, está permanentemente al acecho, “*presente con cierta intensidad en un número de seres humanos*” (FREUD 1901, 176). Sirviéndose de esta hipótesis, Freud piensa en la existencia de “*suicidios semide-liberados*” o suicidios con propósitos inconscientes, que se contraponen a los “*suicidios deliberados conscientes*” sobre los cuales nada refiere. Como intento de suicidio indirecto podemos recordar el que brinda el Sr. K en el caso Dora, cuando se deja atropellar por un carruaje al verla por la calle.

En 1910 Freud participa de un simposio sobre el suicidio -particularmente en escolares- del cual queda un escrito llamado “*Contribuciones para un debate sobre el suicidio*”. En el debate acerca de si la escuela empuja o no a sus alumnos al suicidio, dice que esta no puede asumir el carácter implacable de la vida “*ni querer ser otra cosa que un juego o la escenificación de la vida*” (FREUD 1910, 232).

En "A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el caso del)" (1909) Freud analiza los impulsos suicidas que presenta el paciente. Aquí Freud reconduce todos los impulsos suicidas a situaciones en las que Paul le había deseado la muerte a otra persona. De acuerdo con sus desarrollos, estos impulsos son autocastigos por desear intensamente la muerte de otro y en esa línea es que interviene: "*Le dije que sus continuos pensamientos suicidas corresponderían al reproche de ser él un asesino*" (FREUD 1909, 206). Más adelante, en una nota al pie de "Totem y tabú..." (1913) Freud explicita ya decididamente la conclusión a la que arribó hasta el momento en relación a esta problemática. Dice: "*los impulsos suicidas de nuestros neuróticos resultan ser, por regla general, unos autocastigos por deseos de muerte dirigidos a otros*" (FREUD 1913, 155).

En "Duelo y melancolía" (1917) hará mención al "*enigma de la inclinación al suicidio*" (FREUD 1917, 249). Aquí, retoma su planteo previo: "*desde hace mucho sabíamos que ningún neurótico registra propósitos de suicidio que no vuelvan sobre sí mismo a partir del impulso de matar a otro*" (FREUD 1917, 249). Una vez más, Freud rechaza explícitamente la posibilidad de que un propósito suicida, sea lo primario y, en cambio, lo plantea como una agresión a otro vuelta hacia la propia persona. Lo que en este texto agrega una posible formalización aplicando sus avances en relación a la metapsicología. Teniendo en cuenta las relaciones de fuerza e investiduras, dirá que en la melancolía hubo una elección narcisista de objeto y luego éste se perdió. El retroceso de la investidura de tal objeto hace que el yo se trate a sí mismo como lo trataría a él y, entonces, le es permitido dirigir contra sí mismo la hostilidad que hubiese recaído sobre el objeto.

En "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" (1920) Freud realiza un análisis del intento de suicidio de la joven homosexual que tendrá tres explicaciones. La primera: la paciente intenta matarse producto de la desesperación que le provocó haber perdido a su dama amada; la segunda: se trató de un cumplimiento de deseo de otra cosa -tener un hijo del padre, al que llega por un análisis signifiante-. No es menor mencionar que en una nota al pie, Freud señala que en el fondo hay siempre una fantasía sexual latente y que se puede llegar a esta por el modo en que el sujeto llevó a cabo el suicidio -o lo intentó-. La tercera: al modo en que fue ya presentado, se trató también de un cumplimiento de castigo -por haber deseado la muerte a sus progenitores-. Finalmente, plantea: "*En efecto, para el enigma del suicidio el análisis nos ha traído este esclarecimiento: no halla quizá la energía psíquica para matarse quien, en primer lugar, no mata a la vez un objeto con el que se ha identificado, ni quien, en segundo lugar, no vuelve hacia sí un deseo de muerte que iba dirigido a otra persona*" (FREUD 1920, 155). Una importante cuestión es que introduce al concepto de identificación que complejiza la explicación previa: no se trata solo de un deseo de matar a otro, sino también de un deseo de matar a la parte del yo propio que se ha identificado con ese otro.

En "Más allá del principio del placer" (1920) el autor parte de una serie de experiencias de la clínica para reformular su concepción acerca del aparato psíquico y el primado del principio del placer. Allí propone un nuevo dualismo pulsional incorporando a las pulsiones de muerte, como aquello que tiende hacia una vuelta a un estado previo, llegando hasta lo inanimado. A éstas se le oponen las

ya conocidas pulsiones sexuales -englobadas del mismo lado que las pulsiones narcisistas o de autoconservación-. "*(...) La libido de nuestras pulsiones sexuales coincidiría con el Eros de los poetas y filósofos, el Eros que cohesiona todo lo viviente*" (FREUD 1920, 49)

En "El yo y el ello" (1923), Freud reafirma el dualismo pulsional propuesto tres años antes. Ahora dirá que es el superyó el que, en la melancolía, se abate con furia inmisericorde sobre el yo. Plantea: "*De acuerdo con nuestra concepción del sadismo, diríamos que el componente destructivo se ha depositado en el superyó y se ha vuelto hacia el yo. Lo que ahora gobierna en el superyó es un cultivo puro de pulsión de muerte, que a menudo logra efectivamente empujar al yo a la muerte (...)*" (FREUD 1923, 54).

En este texto aparecerá explícitamente una tesis económica en relación al masoquismo que si bien no es explícitamente articulada al problema del suicidio, puede aportar una nueva clave. Mientras más un ser humano sujeta su agresión, más aumentará la inclinación de su ideal a agredir a su yo, es decir, la agresión que el yo no exteriorice volverá hacia él a través de su superyó. De acuerdo con estos desarrollos, podríamos preguntarnos si para el autor detrás de cada intento suicida se encuentra un exceso de agresión que había sido sofocado anteriormente o si esta tesis es válida sólo en algunos casos.

Asimismo, Freud plantea una importante distinción clínica: "*por oposición a lo que ocurre en la melancolía, el neurótico obsesivo nunca llega a darse muerte; es como inmune al peligro de suicidio, está mucho mejor protegido contra él que el histérico. Lo comprendemos: es la conservación del objeto lo que garantiza la seguridad del yo*" (FREUD 1923, 54). Es así como se produce "*una efectiva sustitución de amor por odio*" de la libido que se dirige al objeto, buscando ahora su destrucción. Paradójicamente, este conflicto de la neurosis obsesiva daría como saldo ésta agresión y un sentimiento de culpa que parte del superyó, como castigo.

En "El problema económico del masoquismo" (1924) Freud ya cuenta con sus dos variedades de pulsiones y la dinámica que les corresponde, es decir, la lucha entre pulsión de destrucción y libido o entre Eros y pulsión de muerte. En esta época, sostiene que la tarea de la libido es volver inocua a la pulsión destructora, para lo cual parte de ésta es desviada hacia el exterior volcándose en los objetos. Sin embargo, otro sector no obedece a este traslado y permanece en el interior del organismo como un residuo, al que denomina auténtico masoquismo erógeno, "*que por una parte ha devenido un componente de la libido, pero por la otra sigue teniendo como objeto al ser propio.*" (FREUD 1924, 170).

Habiéndose establecido que al hombre lo caracterizan tanto su empuje hacia la vida como su tendencia a la muerte, no será ya tan enigmático un fenómeno como el suicidio. De acuerdo con estas teorizaciones, serán los avatares de la mezcla y desmezcla de ambas pulsiones las que determinarán la cuestión. Ésta será la última clave de interpretación freudiana para el suicidio según la cual el mismo se produciría por una desmezcla pulsional a partir de la cual un individuo quedaría expuesto a cantidades de pulsión de destrucción no ligadas.

En "Esquema del psicoanálisis" (1940), Freud lo explicita: "*Entre los neuróticos hay personas en quienes, a juzgar por todas sus reacciones, la pulsión de autoconservación ha experimentado ni más*

ni menos que un trastorno. Parecen no perseguir otra cosa que dañarse y destruirse a sí mismos. Quizá pertenezcan también a este grupo las personas que al fin perpetran realmente el suicidio. Suponemos que en ellas han sobrevenido vastas desmezclas de pulsión a consecuencia de las cuales se han liberado cantidades hipertróficas de la pulsión de destrucción vuelta hacia adentro.” (FREUD 1940, 180)

Ahora bien, respecto al “*enigma del suicidio*” al que Freud se refiere en “*Duelo y melancolía*”, podría uno preguntarse por qué el suicidio resulta un enigma para el autor, qué hace que el suicidio sea algo que lo sorprenda, por qué el enigma no es más bien el hecho de que la gente decida continuar con su vida en vez de terminar con ella. El mismo texto ofrece una explicación: “*hemos individualizado como el estado primordial del que parte la vida pulsional un amor tan enorme del yo por sí mismo (...) que no entendemos que ese yo pueda avenirse a su autodestrucción*” (FREUD 1917, 249).

Efectivamente, creemos que el suicidio es un problema para Freud en la medida en que sus desarrollos parten de un yo, de un narcisismo primario, de un amor propio, como pilares de su concepción del sujeto. Además, este amor propio, este narcisismo primario, será solidario de un sadismo primario que sitúa a lo ajeno como naturalmente odiable. Tal vez por estas cuestiones el suicidio constituye un enigma para él y, en cambio, el asesinato es esperable. En una teoría en la que lo primario es el narcisismo y por ende el sadismo será dirigido naturalmente a los otros, el enigma en relación al asesinato será, en todo caso, ¿cómo es posible que el mismo no ocurra? La obra freudiana se dedica ampliamente y de diversas formas a intentar responder a esta pregunta, que no es otra que ¿cómo es posible la cultura?

El famoso giro que se produce en la obra freudiana en 1920 va a repercutir en la conceptualización acerca del problema que nos ocupa. Si hasta el momento la teoría freudiana estaba bastante impregnada con el yo, el narcisismo, la supervivencia, la vida, etc., es importantísimo el cambio que se da a partir de introducir el hecho de que tan importante como una pulsión de vida es una pulsión de muerte. De ahí en adelante, se le tornará mucho menos sorpresivo y enigmático algo como el suicidio, porque el individuo no se esfuerza ya solamente por seguir viviendo sino también por lo opuesto.

La actitud freudiana hacia la muerte -propia y del otro-

La cuestión del suicidio en la obra de Freud está íntimamente relacionada con la concepción que el autor tiene acerca de la muerte. En este sentido, en “*De guerra y muerte. Temas de actualidad*” (1915), reflexiona sobre nuestra actitud hacia la muerte y establece una tesis que la escuela psicoanalítica tiene al respecto: “*En el fondo nadie cree en su propia muerte (...), en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad*” (FREUD 1915, 290). Queda explicitado así el fondo sobre el cual el suicidio pasará a ser un problema: si a nivel inconsciente no es concebible la propia muerte ¿cómo es posible que alguien quiera terminar con su vida? Sin embargo, ésta actitud hacia la muerte no es la única, sino que va de la mano de su opuesta. Ya en este texto el autor plantea que mientras no se tiene registro sobre la propia muerte, también hay un gusto por matar al enemigo. Con el modelo de la horda primordial y realizando un análisis sobre los comienzos de la sociedad,

establece que al ser humano “*no debemos atribuirle el instinto que lleva a otros animales a abstenerse de matar y devorar seres de su misma especie*” (FREUD 1915, 293) por lo que se instauran la ley y sus prohibiciones, para posibilitar la vida en comunidad. La “*angustia de muerte*” vendría en un segundo tiempo y como consecuencia de una conciencia moral que se establece a partir del asesinato en conjunto del padre primordial.

Entonces, Freud establece una atracción tan fuerte hacia el asesinato que la sociedad misma se pone en marcha como un dispositivo que la prohíbe. ¿Por qué? No por un afán altruista, sino más bien todo lo contrario. Según lo que plantea en este texto, la experiencia más cercana que el hombre tiene de la muerte se presenta cuando ésta le sucede a uno de sus seres queridos. En ese caso, Freud ubica que convergen ambas actitudes hacia la muerte: por un lado el gusto -algo se satisface, que más adelante será conceptualizado como la pulsión misma- y por otro lado el penar que suscita el duelo. “*Entonces, debía hacer en su dolor la experiencia de que también él mismo puede fenecer, y todo su ser se sublevaba contra la admisión de ello; es que cada uno de esos seres queridos era un fragmento de su propio, de su amado yo*” (FREUD 1915, 294). Es decir que el concepto mismo de narcisismo se pone en juego, como una tercera variable -sumado al “gusto” por matar y el duelo-

En el otro se sitúa algo que es ajeno -y que hace que el sujeto algo se satisfaga por su muerte- pero también, algo que es propio. Esto último despierta la misma actitud que hacia la muerte propia: su desmentida -la cual tiene como consecuencia el empobrecimiento de la vida y del yo, pópío de este mecanismo de defensa-

En este sentido, Freud ubica que nuestros vínculos afectivos evitan que nos exponamos a peligros, para evitarle el penar del duelo a nuestros seres queridos. “*Nos paraliza para ello este reparo: ¿Quién ha de sustituirle a la madre su hijo, a la mujer su esposo, a los hijos su padre, si es que acaece una desgracia?*” (FREUD 1915, 292). Pensamos que este aspecto es de una utilidad clínica más que significativa. ¿Cuántas veces escuchamos a nuestros pacientes decir que lo que impide que acaben con sus vidas es evitarles un mal a sus allegados?

Resulta llamativa la concordancia entre este artículo y “*¿Por qué la guerra?*” (1932), ya que también trata sobre la guerra y la muerte, pero con más de 15 años de diferencia. Allí, tras haber establecido el dualismo pulsional entre pulsión de muerte y pulsión de vida, relaciona a esta última con cierta función protectora que otorgarían los lazos afectivos.

En sintonía con lo desarrollado, en este texto plantea que en todo ser viviente se encuentran presentes tanto el instinto de muerte -que pretende reducirlo a materia inanimada-, como los instintos eróticos -que representan las tendencias hacia la vida-. Postula que el primero se torna instinto de destrucción cuando es dirigido hacia afuera y que, por lo tanto, el ser viviente protege en cierta manera su propia vida destruyendo la vida ajena. Afirma que mediante esta interiorización del instinto de muerte ha tratado de explicar gran número de fenómenos, sin embargo, no dice cuáles. ¿Podemos leer en esas claves el suicidio?

Por otro lado, en esta carta también se encuentran desarrollos respecto de otros puntos importantes, relativos a la temática que nos convoca. “*Si la aquiescencia a la guerra es un desborde de la pul-*

sión de destrucción, lo natural será apelar a su contraria, el Eros. Todo cuanto establezca ligazones de sentimiento entre los hombres no podrá menos que ejercer un efecto contrario a la guerra” (FREUD 1932, 195, el subrayado es nuestro). Esto último, en total consonancia con lo planteado en “Más allá del principio del placer”, donde afirma que *“la pulsión sexual es la encarnación de la voluntad de vivir”* (FREUD 1920, 49).

Entonces, al igual que en la primera carta que habla sobre la guerra, ahora también señala al lazo en su función de protección, pero esta vez lo hace siguiendo la lógica del último dualismo pulsional -¿o es el último dualismo el que sigue esta lógica?-. Aquí se halla un posible acercamiento a la prevención del suicidio: todo aquello que apunte a “unir”, nos dice, atenta contra la muerte.

Conclusiones e interrogantes

Retomando la sugerencia de Freud respecto a la institución escolar, nos preguntamos si ella podría orientarnos en un tratamiento analítico. Frente a un paciente con ideación suicida tal vez sea conveniente no asumirse implacable como la vida e intentar bajo todos los medios suprimir dicha ideación o inmediatamente corregirla, sino más bien tal vez convenga tener presente que un psicoanálisis no es la vida, sino su escenificación. La *“escenificación de la vida”*, *“un juego”* dice, nos invita -como aconseja Freud con los escolares- a no impedirle a alguien manifestar su ideación suicida. En cambio, puede ser útil conversar sobre ello y que esta escenificación que es el tratamiento pueda posibilitar, aquí sí, jugar con la vida o, mejor aún, ponerla en juego. Poner en juego la vida, en toda su ambigüedad. Jugar de modo tal que sea posible, al menos en esta escenificación, aquí sí y solamente aquí, perder la vida o poner en juego la propia desaparición. Este es un rodeo necesario para poder en cada caso comprender qué es lo que la ideación suicida significa, a qué responde, a qué remite, qué función cumple, intentar metaforizarla, etc. También creemos útil cuestionar el verbo, el objeto y, sobre todo, la persona del posible enunciado sobre una tentativa suicida. La teorización freudiana pone permanentemente la cuestión del suicidio en relación a los otros. Esta lectura invita a preguntarle a un paciente que trae dicha problemática al análisis “¿a quién quiere matar usted?” y ofrecer que dicho acto se produzca en otro plano. Por ejemplo, un camino podría ser que ciertas identificaciones caigan producto del análisis, cayendo así la necesidad de darles muerte en el plano material.

A su vez, la interrogación que continuamente Freud hace, incluso llegando hasta proponerlo como un cumplimiento de deseo, invita a interpretar el objeto mismo del deseo suicida: “¿qué está queriendo usted matándose?”. Ahora bien, podríamos agregar una tercera indicación -no presente en Freud- que se interroge por el sujeto de esa enunciación: “¿quién quiere verlo muerto a usted?”.

En este recorrido por su obra, pudimos encontrarnos con un Freud que permanentemente se interroga, que no se conforma con lo que él mismo propone. “El enigma del suicidio” aparece como un sintagma que revela que en ese punto se encuentra con un agujero, con algo que no puede aprehender fácilmente con su esquema de pensamiento. Es a partir de la introducción de la pulsión de muerte que este sintagma desaparece, pudiendo luego ser explicado como producto de lo que conceptualiza como desmezcla

pulsional. Sin embargo, también es posible leer el carácter de elucubración que tiene este concepto teórico, y el inconformismo de Freud respecto del mismo. Destacamos que hasta los últimos momentos Freud no deja de plantear sus dudas y los interrogantes que quedan en esta dirección.

Pensamos que el presente rastreo bibliográfico nos confronta con aquello que encontramos en la práctica misma: un vacío, un enigma. A pesar de esto, pudimos observar vías de explicación que nos llevaron a algo inherente al ser humano -y nos referimos al “ser” en tanto esencia, siguiendo a Freud-. Sin embargo, la mayoría de las veces que el autor aborda la temática del suicidio, la ubica en relación a otros. Leemos allí una vía que puede llevar a cierta explicación del fenómeno pero, principalmente, a un aspecto central para trabajar en pos de su prevención.

En este punto, es dable preguntarnos si el psicoanálisis y la prevención se excluyen. ¿Acaso hay otra forma de tratar al suicidio que no sea previniéndolo? Optamos por dejar de lado las cuestiones meramente teóricas que obturan pensar la clínica y, en cambio, continuar con la apuesta de que el psicoanálisis tiene qué aportarle a la salud pública. En este sentido, sostenemos la importancia de continuar con las investigaciones en esta línea, interrogando a nuestros referentes a partir de aquello con lo que nos confronta nuestra práctica y viceversa.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1896) “La etiología de la histeria”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, III, 2006.
- Freud, S. (1901) “Psicopatología de la vida cotidiana”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, VI, 2006.
- Freud, S. (1905 [1901]) “Fragmento de análisis de un caso de histeria”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, VII, 2006.
- Freud, S. (1910) “Escritos breves”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XI, 2006.
- Freud, S. (1909) “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, X, 2006.
- Freud, S. (1913 [1912]) “Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XIII, 2006.
- Freud, S. (1914) “Introducción del narcisismo”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XIV, 2006.
- Freud, S. (1917 [1915]) “Duelo y melancolía”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XIV, 2006.
- Freud, S. (1915) “De guerra y muerte. Temas de actualidad”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XIV, 2006.
- Freud, S. (1920) “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XVIII, 2006.
- Freud, S. (1920) “Más allá del principio de placer”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XVIII, 2006.
- Freud, S. (1923) “El yo y el ello”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XIX, 2006.
- Freud, S. (1924) “El problema económico del masoquismo”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XIX, 2006.
- Freud, S. (1933 [1932]) “¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XXII, 2006.
- Freud, S. (1940 [1938]) “Esquema del psicoanálisis”, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, XXIII, 2006.